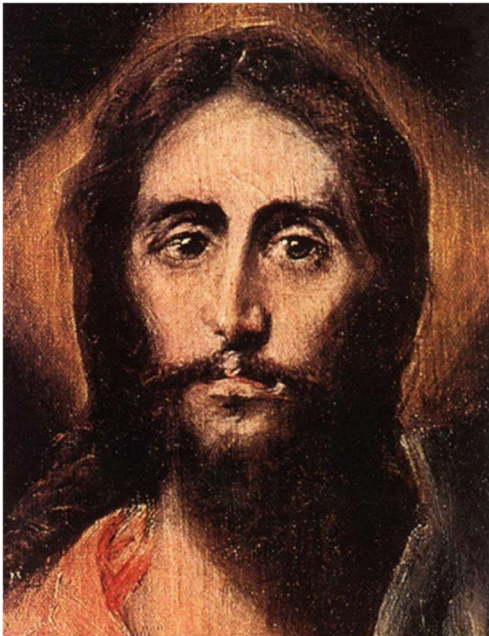


Domingo 11 (T.O.) – Hagamos nuestra la compasión de Jesús

El Evangelio de hoy comienza diciendo que “Jesús recorría todas las ciudades y los pueblos, enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias”. En efecto, a lo largo de todo ese capítulo, San Mateo nos narra la actividad incansable de Jesús, socorriendo todas las necesidades humanas, materiales y espirituales: llama a los pecadores, sana enfermos, resucita un muerto, libera a un endemoniado, generando la oposición o el escepticismo de algunos y el asombro de muchos.

Pero a continuación, el enfoque cambia: pasa de la actividad exterior de Jesús a su corazón. En la Biblia el corazón no es sólo la sede de los sentimientos, sino también de los pensamientos, de la libertad, de las actitudes más profundas. El corazón es el centro espiritual de la persona. Mateo nos descubre el velo del corazón de Jesús, la fuente de todos sus pensamientos, decisiones y obras: “Al ver a la multitud, tuvo compasión, porque estaban fatigados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor”.



Doménikos Theotocópuli, *El Salvador* (1614, Museo del Greco, Toledo)

La “compasión” de Jesús es mucho más que la lástima, una reacción espontánea ante el sufrimiento ajeno. La palabra que utiliza el Evangelio en su versión original quiere decir que a Jesús “se le conmueven las entrañas”. Es lo propio del amor materno por el hijo de las entrañas. Y, como sabemos, la madre tiene un conocimiento único de sus hijos y una capacidad única de hacer propios sus sufrimientos. Esto es lo que siente Jesús por las multitudes que acuden a Él.

Y esta compasión –que a nosotros hoy puede parecernos casi obvia– se manifiesta en ese momento como una novedad. Porque los líderes de Israel no sentían compasión por el Pueblo, sólo les interesaba en la medida en que podía ser útil a sus proyectos. Los maestros de Israel (escribas y fariseos) estaban interesados exclusivamente en imponer el cumplimiento de la Ley; los jefes religiosos (sacerdotes) sólo pretendían defender el equilibrio político con las autoridades romanas para no perder sus privilegios; los rebeldes, nacionalistas violentos, sólo querían empujar al pueblo a la rebelión contra los ocupantes extranjeros.

Pero Jesús sí “ve” a la multitud, porque la mira no en función de algún proyecto propio, sino valorando a cada uno por sí mismo, en su verdadera situación. Y pese a que seguramente veía muchas miserias en ellos (opresión, pobreza, enfermedad), nada le despierta más compasión que su desorientación: estaban “fatigados y abatidos”, sobre todo, porque eran como “ovejas que no tienen pastor”.

Es esta actitud de Jesús la que permite entender correctamente tanto el llamado de los apóstoles como las instrucciones que les imparte. No se trata de una cuestión meramente organizativa. Si hubiera querido ayudantes eficientes, probablemente hubiera elegido otros. Pero Jesús quiere

sobre todo dejar en el mundo personas que puedan hacer presente su misma compasión y la actividad evangelizadora que brota de ella.

Por eso, ante todo exhorta a quienes elige a la oración. “La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha”. Sólo a través de la oración, pueden los discípulos de Jesús entrar en plena sintonía con el proyecto de Dios y con la solicitud de Jesús, llena de pasión y de urgencia, por la salvación de todos.

Y a partir de esta comunión interior cobra sentido el envío, en el cual Jesús los hace participar de su misma misión y su mismo poder: “Proclamen que el Reino de los Cielos está cerca. Curen a los enfermos, resuciten a los muertos, purifiquen a los leprosos, expulsen a los demonios. Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente”. Ellos, y sus sucesores a lo largo de la historia, deberán prolongar la solicitud de Jesús hacia “las ovejas perdidas del Pueblo de Israel”, y hacia todos los hombres.



Domenico Ghirlandaio, *Vocación de los apóstoles* (1481, Capilla Sixtina)

Si el centro de este evangelio es la compasión, entonces no podemos limitar su significado a los ministros ordenados. Todos, en cuanto bautizados, estamos llamados a participar de la compasión de Jesús. La salvación de nuestros hermanos debe ser para nosotros una

preocupación que nos conmueva las entrañas. Y eso es sólo posible cuando nos acercamos a los demás considerándolos no como objeto de nuestros intereses y proyectos, sino que los valoramos en sí mismos. De esa manera, podremos “ver” la última profundidad del misterio de cada persona, su relación con Dios, y la miseria más profunda que un ser humano puede sufrir: no encontrar a Dios.

Entrando en esta compasión y esta mirada de Jesús, sentiremos el impulso de participar de su obra. Y esta participación comienza ante todo en la oración, en la cual hacemos nuestro el proyecto de Dios y la solicitud de Jesús, ofreciéndonos como instrumentos vivos para la evangelización. Y luego vendrá la misión. Ésta consistirá, para algunos, en una actividad específica, distinta de la vida cotidiana, pero para otros, la misión se identifica sin más con ella: cada día, a cada paso, encontramos personas que necesitan de nosotros, y nos dan la ocasión de servirlos con nuestros carismas, de los cuales muchas veces no tenemos conciencia hasta que los ponemos por obra.

De esto modo, haremos presente hoy en nuestro mundo la compasión, la mirada y el obrar de Jesús: compartiendo gratuitamente lo que hemos recibido gratuitamente (“carisma” significa, precisamente, don gratuito).